

«EL PATIO DE LA CIUDAD»

Así fue bautizada la **Plaza Sáenz Peña** por Ofelia Sors. Un barrio emblemático fue creciendo a su alrededor. Por allí pasó la historia de la provincia y del país y la ciudad se fue recostando hacia el sur. Hoy, renovada con las obras recientes, es un espacio público elegido por cientos de paranaenses para la recreación y la actividad física.



ÍNDICE

» 7

AÑO 2023 | N°



» PÁG. 3

» EDITORIAL.

ESPACIOS PÚBLICOS DE CALIDAD
Y CERCA DE CADA HOGAR



» PÁG. 4

» HITOS DE UN EXTENSO
BARRIO DE PARANÁ



» PÁG. 6

» EL LUGAR DE
LA MEMORIA



» PÁG. 8

» DISPAROS EN LA PLAZA



» PÁG. 11

» EL OTRO CORAZÓN DEL BARRIO



» PÁG. 13

» CINE SÁENZ PEÑA: UN LUGAR QUE
MARCÓ LA DIFERENCIA



» PÁG. 16

» MERCEDES, EL VIEJO Y
EL GATO (FICCIÓN)



» PÁG. 17

» CONVERGENCIAS (FICCIÓN)



» PÁG. 19

» GUALEGUAYCHÚ. LA CALLE CON PERFIL PROPIO



» PÁG. 21

» EL SONIDO QUE MARCÓ LA VIDA
DEL VECINDARIO



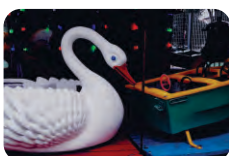
» PÁG. 23

» UNA PLAZA DIBUJADA
POR LA HISTORIA



» PÁG. 25

» LAS CALLES DEL BARRIO
Y SUS INSTITUCIONES



» PÁG. 27

» DONDE LA INFANCIA
SIGUE GIRANDO



ESPACIOS PÚBLICOS DE CALIDAD Y CERCA DE CADA HOGAR

Desde el primer día de nuestra gestión desarrollamos un plan de recuperación de espacios públicos para que, tanto en el centro como en los barrios, los paranaenses podamos desarrollar actividades recreativas, culturales, sociales y deportivas cerca de nuestro hogar.

Como parte de este plan, renovamos plaza Sáenz Peña. Ese espacio donde los paranaenses vamos a encontrarnos con el arte y la historia local. El punto urbano que entre todos elegimos para honrar la memoria colectiva y seguir gritando fuerte "Nunca Más". Ese pulmón verde que diariamente nos rescata de los agobios de la rutina. El lugar donde, con un mate en la mano, acompañamos a nuestros hijos mientras juegan, aprenden y generan recuerdos para toda la vida.

La Sáenz Peña es más que un subibaja y un tobogán. Es vida en comunidad. Son derechos satisfechos: a la salud, el ambiente, el juego y la inclusión. Y habla de una ciudad que piensa en sus jóvenes y prioriza el bienestar de sus vecinos, sobre todo de nuestros adultos mayores y niños.

Somos muchos los paranaenses que nos sentimos identificados con este modelo de ciudad. Lo vemos diariamente. Son los miles de vecinos que pagan sus impuestos, que participan, que se preocupan por sus barrios porque quieren ver a Paraná cada vez más linda, con más obras, con mejor calidad de vida.

A todos les pido que esto que logramos juntos, con tanto trabajo, sea la base de lo que de ahora en más le pidamos a nuestro Estado Municipal. Que exijamos a las futuras gestiones la continuidad de este plan de recuperación de espacios públicos para que las Sáenz Peña se multipliquen en Paraná y todos tengamos cerca de nuestra casa una placita que nos llene de orgullo y felicidad. ■

Adán **Bahl**

Presidente Municipal de Paraná

DIRECTOR:
Julián Stoppello

COORDINACIÓN Y
REDACCIÓN:
**Fabián Reato y
Marta Marozzini**

**MI
LUGAR**
LA CIUDAD SE CUENTA

REDACCIÓN:
**Mariana Melhem
Luz Alcain
Martín Gerlo
Evangeline Ramallo
Claudio Cañete
Pilar Gallegos
Pablo Ramos**

ILUSTRA LA PORTADA:
Federico Maín

FOTOGRAFÍAS:
**Raúl Perriere
Josefina Blanco**

DISEÑO:
Fortunato Galizzi

IMPRESIÓN:
Print Argentina

AGRADECIMIENTO:
La Revista Mi Lugar
hace un reconocimiento a los vecinos del barrio que colaboraron contando sus historias y recuerdos sobre la vida en la zona.

STAFF

HITOS DE UN EXTENSO BARRIO PARANÁ

El Club Talleres, el Bulevar Racedo, la Escuela Belgrano, el Hospital San Martín y el Mercado Sur son otras de las piezas singulares del vecindario, constituido por viviendas de trabajadores asentados en torno a la fuente laboral.

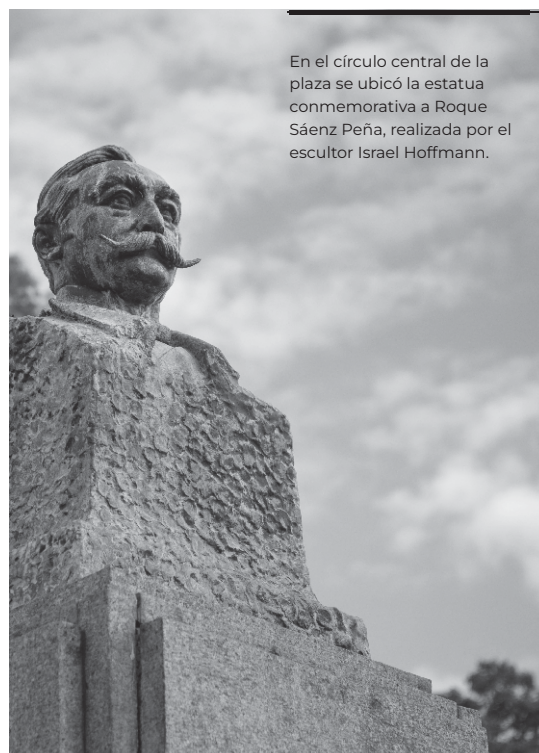
Cada lugar de la ciudad debe su existencia a un conjunto de voluntades y de deseos de hacer y de ser que le dan origen. Las referencias culturales y de identidad están indisolublemente ligadas al soporte natural que facilitó o condicionó la construcción de espacios para vivir y, aunque la ciudad de Paraná tenga un concepto algo difuso de barrio (para algunos es la cuadra, para otros la manzana, para otros la vecinal) se pueden descubrir cuáles han sido los hitos fundacionales de cada uno. Así, cuando se menciona a Puerto Nuevo o ex Hipódromo, por ejemplo, se identifica claramente a las barriadas construidas en torno a estas infraestructuras. Hay casos en que un solo acontecimiento basta para referenciar un sitio y otros que se han construido como una sucesión de capas a lo largo del tiempo, por eso para hablar del área urbana que contiene a Plaza Sáenz Peña se debe citar indefectiblemente a la Estación del Ferrocarril, al Club Talleres, al Bulevar Racedo, a la Escuela Belgrano, al Hospital San Martín y al Mercado Sur, como piezas singulares insertas en un tejido residencial constituido por viviendas de trabajadores asentados en torno a la fuente laboral.

A modo de ensayo para configurar el perímetro del área se reconocen los siguientes límites: al norte, calle Gualeguaychú; al sur, calle Pronunciamento; al este, calle Cura Álvarez y al oeste, calle Monte Caseros. Haciendo la salvedad de que no se trata de límites precisos sino más bien difusos que varían de acuerdo con el análisis que se pretenda realizar.

Hecha la aclaración se pueden nombrar las partes componentes de este paisaje cultural (entendido como construcción inseparable entre hombre y naturaleza). Aquí entra en juego el soporte natural identificado con las lomadas y marcado por la presencia del mayor curso de agua interior de la ciudad, el arroyo Antoñico, que la atraviesa de sureste a noroeste. El arroyo actuó como borde para la instalación de las vías, constituyéndose por mucho tiempo, como barrera difícil de franquear para el crecimiento urbano. Es su huella la que determina la pendiente del terreno hacia el sur



Arq. Mariana Melhem (*)



En el círculo central de la plaza se ubicó la estatua conmemorativa a Roque Sáenz Peña, realizada por el escultor Israel Hoffmann.

provocando que la estación esté asentada mucho más abajo que la traza del bulevar.

Proceso de formación

Plaza Sáenz Peña

Siguiendo con la idea de leer en capas, la definición de cortes históricos ayuda a reconocer las permanencias y los momentos clave de transformación.

Lo que hoy conocemos como Plaza Sáenz Peña fue hacia 1820 el cuartel general rodeado de trincheras, levantado por orden del General Francisco Ramírez donde se practicó la pena de muerte.

Más tarde su denominación fue variando en función de su antigüedad, tamaño o proximidad con algún edificio significativo: Plaza Nueva, Plaza Grande o Plaza del Hospital (en referencia al Hospital de la Caridad que se ubicaba en el terreno que hoy ocupan los monoblocks de calle Illia). A inicios de la década de 1880 fue utilizada como estación de carros y carretas (una suerte de Terminal de transporte) y su nombre era Plaza Constitución. Durante esos años, coincidente con la construcción de la estación de trenes, se realizaron obras de embellecimiento, que terminaron de configurarla hacia 1936 cuando adquiere la mayor parte de los elementos aún en pie. En esos años, la empresa Costantini, especialista en diseño de espacios públicos, fue la encargada del trazado de las diagonales, el círculo central donde se ubicó la estatua conmemorativa a Roque Sáenz Peña, realizada por el escultor Israel Hoffmann, las pérgolas y los particulares maceteros diseñados por el reconocido arquitecto Francisco Salamone. Paulatinamente se transformó en uno de los espacios más representativos del sector, se desarrolla-



Izq.: El Hospital de la Caridad se ubicaba en el terreno que hoy ocupan los monoblocks de calle Illia (Imagen del libro "El Estado de Entre Ríos" de Barcón Olesa).

Der.: Vista actual de la estación del ferrocarril. La estación de trenes de Paraná fue inaugurada en 1887.

ron comercios sobre las calles de mayor ancho (Gualedguaychú y Carbó) y se levantó un cine (el Avenida, hoy centro cultural sede de la banda de Música de la Policía). La inauguración del Monumento a la Memoria en 1995 (obra de Amanda Mayor), transformó a la Plaza en un espacio de referencia con la lucha por los derechos humanos, ampliando su alcance más allá de las fronteras barriales.

Ferrocarril

El tendido provincial del ferrocarril Central Entre Riano y con ello, la estación Paraná de la línea que la unía a Concepción del Uruguay (inaugurada en 1887), se inició durante la gestión del gobernador Eduardo Racedo, momento en el que Paraná recuperó su rol de capital provincial. Mientras, el modelo de desarrollo basado en la producción agropecuaria y su exportación utilizando puertos y ferrocarriles pudo sostenerse con la presencia de trabajadores de origen inmigratorio que ingresaron al país favorecidos por férreas políticas de poblamiento. Esos nuevos habitantes se instalaron próximos a la plaza y la estación dándole al sector una unidad como barrio, sostenida en la convivencia de familias de inmigrantes de distinta procedencia donde la actividad del ferrocarril se convierte en la principal fuente laboral y otras derivadas de ésta (comercios y servicios). Un ejemplo característico de este proceso es el nucleamiento del personal en dependencias de la estación para la práctica de fútbol, que los ingleses incorporaron y que dio origen al Club Talleres, hasta hoy el más importante de la zona.

El Bulevar Independencia (actualmente Racedo) es otro de los espacios públicos fundamentales de la época que servía de doble acceso a la estación, desde los caminos del interior provincial y desde las principales arterias de la ciudad.

Viviendas

El conjunto de obras de infraestructura, las habilidades desarrolladas por los obreros ferroviarios y la incorporación de elementos modulares prefabricados favorecieron la construcción de las viviendas de los trabajadores, que hasta hoy podemos reconocer como "casa chorizo", un tipo residencial que cumplió con creces el cometido de alojar dignamente a quienes levantaron sus muros y también a las generaciones posteriores.

Esa tipología se llamó así en alusión a la disposición de sus habitaciones en un terreno de frente angosto pero profundo. Sus fachadas llegaban a la línea de edificación y evidenciaban los conocimientos de composición clásica organizados geométricamente con principios de simetría y una ornamentación propia de los artesanos constructores inmigrantes.

También en este período se levantaron residencias de dos niveles como la casa de los Solari, hoy Casa de la Cultura, proyectada por el Arq. Bernardo Rígoli.

A mediados del siglo XX las nuevas viviendas fueron compactas y tipo chalet, de paredes blancas y tejas coloniales. A fines de la década de 1950, se levantaron los monoblocks de calle Illia y las torres de calle Irigoyen con proyectos nacidos en el recientemente creado IAPV.

Equipamientos comunitarios

A principios del siglo XX, el Estado provincial contó con un Plan de Infraestructura Escolar mediante el que se construyeron edificios educativos de diversas características y escalas, a ese período pertenece la Escuela Manuel Belgrano, que fue la elegida por los vecinos del barrio para formar a sus hijos.

Otro hito significativo fue la construcción del Hospital San Martín que se levantó en un sitio alejado del centro para ese entonces, reemplazando al antiguo establecimiento de Caridad.

La década de 1930 también fue muy prolífica en obras que transformaron la ciudad. En este sector urbano, además del embellecimiento de la Plaza, se destaca la construcción del Mercado Sur, ejemplo de arquitectura de aprovisionamiento de escala barrial.

Además de estos equipamientos construidos por el Estado, se levantaron edificios de culto y educativos sostenidos por asociaciones de beneficencia como la Parroquia Sagrado Corazón, el Colegio de las Mercedarias o el Asilo Rivadavia. ■

(*) Arquitecta, Investigadora, Especialista en Patrimonio

Aquí entra en juego el soporte natural identificado con las lomas y marcado por la presencia del mayor curso de agua interior de la ciudad, el arroyo Antoñico

EL LUGAR DE LA MEMORIA

El 16 de septiembre de 1995, cuando se cumplía un nuevo aniversario de La Noche de Los Lápicos, quedó emplazado el monumento realizado por la artista plástica Amanda Mayor.

“Creo que el pueblo necesita un lenguaje simple”, dijo Amanda Mayor a un diario local, mientras esculpía su Monumento a la Memoria. Simple, allí, en Plaza Sáenz Peña. La obra emerge ante la vista, en la esquina de Yrigoyen y Enrique Carbó.

Allí se abre, generoso, ese arco de hierro y granito, con sentido inconfundible. Se despliega ante quien elige la plaza para las caminatas diarias, en recorridos cuadrados, y pasa dos, cuatro, diez, veinte veces ante la pieza artística. Está allí para quien circula en auto, a velocidad constante para no perder la onda verde de calle Carbó.

Allí está la obra para los que se acercan, circulan alrededor con un mate, eligen sus escalones para demorarse mientras los niños le encuentran nuevos usos, lo trepan, abrazan a la madre que llora, reposan sobre la placa inmensa que recuerda los nombres imborrables de las víctimas del Terrorismo de Estado. Está allí el monumento de Amanda, cada 24 de marzo, esperando el arribo de los manifestantes cuando ya cae la tarde, para participar de la marcha por Memoria, Verdad y Justicia en un nuevo aniversario del Golpe de Estado de 1976. Una obra simple, inconfundible, contundente.

El monumento de Amanda se ha convertido en ese sitio predilecto para conectar con los sueños de los pueblos que fuimos; reforzar nuestro habitar en el presente; fortalecer rituales, prácticas que nos confirmen una senda de futuro en democracia. Es simple el monumento, es para todos, nos dice que “éramos esperados sobre la tierra”, que hay una parte que nos toca en la construcción de una sociedad mejor. Y la ciudad se lo apropia, le da sentido, lo encuentra suyo, a la mano, como pocos objetos del patrimonio urbano.

Se lo puede recorrer como quien lee, de izquierda a derecha. La imagen de una persona que sufre el cautiverio, tras las rejas de hierro montadas en el primer panel de la obra. Luego, las rejas se abren, una silueta pierde sus rasgos, una madrecita llora, el rostros entre las manos, el pañuelo inconfundible de perfil al espectador. La Argentina, su mapa, clama en hierro “nunca más”; una figura parece dictar el veredicto de la historia. Se corporiza,

gana dimensión la imagen de una mujer, una madre, la patria, una virgen, cada quien dirá. Lleva una bandera, con firmeza, con los dos brazos empuña el mástil, el paño la envuelve. Al pie, la placa con los nombres de los desaparecidos y los asesinados en dictadura en Entre Ríos. La placa, una escalera de nombres, una explanada de memoria, que abre el monumento, que invita a acercarse.

Está emplazado allí desde el 16 de septiembre de 1995, cuando se conmemoraba un nuevo aniversario de La Noche de Los Lápicos. Con ese nombre se recuerda el secuestro y desaparición, en 1976, de un grupo de estudiantes secundarios, en La Plata, que reclamaban la vigencia del boleto gratuito.

También en Paraná, un tiempo antes, hubo un movimiento secundario de similares características que logró sus reivindicaciones antes de la dictadura, en tiempos del gobierno peronista de Enrique Tomás Cresto. Entre los jóvenes de entonces está Daniel Indio Ortiz, presidente del Centro de Estudiantes de la Escuela Industrial nocturna. Quiso la historia, y la voluntad política que el Indio se convirtiera en herrero, en militante político, sindical y de Derechos Humanos. Conoció a Amanda, la acompañó en horas y horas en un galpón, para soldar los hierros, tal como la escultora los dispuso, para dar base, estructura, al monumento tal como se lo ve. Quiso la historia que el Indio fuera parte del acto de inauguración de la obra en Plaza Sáenz Peña, allí, en septiembre de 1995 donde se evoca a los estudiantes secundarios que supieron ser, a las luchas que dieron 20 años antes.

Unir las plazas

No siempre estuvo pensado para ese lugar en el que finalmente se emplazó, entre canteros de flores y bancos orientados para contemplar la obra.

El Monumento a la Memoria de Amanda fue eje de un largo reclamo con las autoridades municipales respecto del lugar que debía tener en Paraná, como mejor símbolo en la lucha por Memoria, Verdad y Justicia.

Los organismos de Derechos Humanos, nucleados a principios de los 90 en una “coordinadora”,



Luz Alcain
Periodista

venían dando una disputa ardua por el espacio público y por los sentidos del pasado y del presente, en tiempos en que la ley de la incipiente democracia retrocedía con los dictados de las leyes de impunidad (Obediencia Debida y Punto Final).

Los decretos de Indulto, dictados luego, fortalecieron las manifestaciones populares de repudio. Hubo una placa con los nombres de los desaparecidos entrerrianos que se colocó en Plaza 1° de Mayo en el marco de una nutrida concurrencia. Unas horas después, el municipio la arrancó de su sitio, la cargó en un camión recolector, reiteró la prohibición del lugar elegido.

El plan B fue Plaza Alvear, donde aún permanece, sobre calle Laprida. Allí debía completarse el trabajo con la obra de Amanda. Pero otra vez no hubo autorización del Estado municipal. Mientras seguían las gestiones, los reclamos, se montó sobre la plaza una réplica del monumento proyectado, en madera terciada. Duró un tiempo esa silueta de la memoria, tal como se la pretendía.

Finalmente, por ordenanza del Concejo Deliberante local, se mandó que la obra tuviera su lugar definitivo en Plaza Sáenz Peña. La Asociación de Familiares y Amigos de Desaparecidos entrerrianos y en Entre Ríos (Afader) acompañó la voluntad de la artista de plasmar el trabajo. Parte de la coordinadora lamentó que no se insistiera, que la placa estuviera en un lado, el monumento en el otro.

La salida que se encontró terminó por potenciar al movimiento de Derechos Humanos de Paraná. Unir el monumento, con la placa, unir las plazas, saldar las diferencias, fortalecer voluntades en una traza nueva para una manifestación popular, un recorrido extenso que despliega la expresión más contundente de la memoria, cada 24 de marzo, por calles Carbó, Belgrano, 25 de Mayo, Corrientes, Urquiza, Buenos Aires.

Cada año, a partir de las 18, van llegando las columnas de los partidos políticos, los sindicatos,



“El monumento a la Memoria es el lugar de encuentro”

los organismos nucleados en la Multisectorial de Derechos Humanos. Llega también la gente suelta, cada año, llega para ser parte de esa multitud que levanta los rostros de los desaparecidos, bien alto, entre la concurrencia.

El Monumento a la Memoria es el lugar de encuentro. Allí, en esa plaza que lleva el nombre de Roque Sáenz Peña, el nombre de una ley que abrió los primeros pasos de la democracia en la Argentina, con el voto secreto y obligatorio para los varones de este país, en 1912. Allí, cada 24 de marzo, ante la obra de Amanda, medimos, cada vez, la potencia de la vida política que protagonizamos. Allí nos encontramos. Para sabernos parte, para sentirnos protagonistas del acontecer social. Nos encontramos ante el monumento para marchar. Para ser un eslabón intergeneracional, con los pueblos que fuimos, con los que queremos ser.



Amanda Mayor fue una artista plástica, poeta, escultora, muralista, militante de los Derechos Humanos. Madre de un joven desaparecido, Fernando Piérola, víctima de la Masacre de Margarita Belén.

AMANDA

Amanda Mayor fue una artista plástica, poeta, escultora, muralista, militante de los Derechos Humanos. Madre de un joven desaparecido, Fernando Piérola, víctima de la Masacre de Margarita Belén.

Frente al Monumento a la Memoria, en Plaza Sáenz Peña, un código QR instalado en 1919, en el marco del Proyecto Trama, ofrece información sobre Amanda. Allí se recuerda que la artista “obtuvo premios nacionales e internacionales” y que “sus producciones fueron adquiridas en Estados Unidos y Europa”. “Algunos de sus trabajos en la capital entrerriana son el mural La Creación, ubicado en calle Corrientes, en una de las paredes laterales del

salón Mariano Moreno del Honorable Concejo Deliberante, y la réplica de la escultura Venus saliendo del baño, en el Parque Urquiza. En Chaco, pintó el mural Argentina Dolor y Esperanza; en Concordia realizó la estatua El Principito; en Valle María, creó un taller de arte gratuito y pintó un mural alegórico en la parroquia de esa localidad”, se informa a través de Trama.

Amanda falleció el 7 de junio de 2005. Un aula de la Escuela Bernardino Rivadavia de Paraná, el auditorio del rectorado de la Universidad Autónoma de Entre Ríos, una de las salas de la Casa de la Cultura, una calle y un pasaje interior del Parque Gazzano llevan su nombre.

DISPAROS EN LA PLAZA



La plaza que había sido lugar de diferentes hechos de la historia también sería escenario de una balacera en medio de un acto partidario, en pleno siglo XX.

Durante un acto desarrollado el 31 de octubre de 1951 tuvo lugar un feroz enfrentamiento, en el cual murió un trabajador peronista y el candidato presidencial comunista fue gravemente herido. Ocurrió en la Plaza Sáenz Peña, un espacio cargado de historia y significado para los paranaenses. Uno de los protagonistas de aquel acontecimiento fue el gran periodista Amaro Villanueva, quien escribió sobre ese sector de la ciudad que estaba entre sus predilectos.

Muchos años antes de que la artista Amanda Mayor inmortalizara la lucha de los organismos de derechos humanos con su Monumento a la Memoria, la Plaza Sáenz Peña de Paraná fue el escenario de uno de los más encarnizados enfrentamientos políticos de la historia de la democracia entrerriana, donde un candidato presidencial resultó gravemente herido y un trabajador terminó perdiendo la vida en medio del choque que envolvió a peronistas y comunistas.

Las crónicas de la época reflejan la perplejidad que sobrevino a la feroz balacera, cuyo origen fue motivo de desavenencias y especulaciones: quién dio inicio al trágico suceso, de dónde provino el primer disparo y por qué razones se desató el enfrentamiento. Ambos bandos tenían sus víctimas y el fuego cruzado continuó en las páginas de los diarios una vez que dejaron de sonar las balas en la emblemática plaza paranaense.

Minutos antes del acontecimiento, cuando el sol comenzaba a caer en esa tarde de primavera, un pequeño camión recorría el centro de la capital entrerriana anunciando el acto donde se iban a presentar los candidatos del Partido Comunista. El candidato presidencial Rodolfo Ghioldi había llegado a Paraná el último día de octubre de 1951 para presentar su propuesta electoral junto a un

destacado entrerriano, que pasó a la historia por sus delicadas crónicas y por sus investigaciones históricas: Amaro Villanueva. El cronista de El Diario había condensado en múltiples oportunidades sus inquietudes políticas en artículos periódicos. Esta vez pretendía llevarlas a la Casa Gris como candidato a Gobernador de Entre Ríos. Todas las fuerzas se preparaban para la contienda electoral y jugaban sus mejores cartas, en el caso del comunismo presentando a su candidato presidencial.

Villanueva imaginó muchas veces las palabras que iba a escuchar esa noche en la Plaza Sáenz Peña, uno de sus lugares predilectos de la ciudad, donde los comunistas buscaban hacer públicos los postulados que los llevaban a disputar la elección. Conocía bien a Ghioldi y sabía de la solidez de aquel hombre que, además de haberse constituido como uno de los principales dirigentes de la izquierda argentina, fue delegado de su partido en otros países. Todo discurría de acuerdo a lo previsto, hasta que entre el vértigo de la arenga y el rumor del público se mezcló intempestivamente una palabra ajena al universo político.

—Corramos.

Los disparos sonaron mientras Ghioldi, su hija y el candidato entrerriano se hallaban en el escenario, ubicado en la esquina de Yrigoyen y Villaguay. Segundos después de que el tumulto producido por la balacera dispersara el mitin partidario, Villanueva se dio vuelta y reconoció a uno de sus camaradas, quien lo tomó del brazo y lo instó a salir rápido de ese lugar.

—Va a ser peor. Caminemos nomás —alcanzó a responderle pocos metros antes de llegar a la esquina y esconderse en un zaguán. Primero fue el asombro, la perplejidad y luego el miedo lo que los movió a evadir rápido esa tram-



Martín Gerlo
Periodista



El candidato presidencial Rodolfo Ghioldi resultó herido y siguió el resto de su vida con la bala en su espalda.

pa mortal que era el fuego cruzado. No lo supo entonces, pero para el escritor entrerriano había comenzado un período de errancia que terminaría con su partida a Buenos Aires pocos años después. Entre las diversas personas que lo ayudaron al trasladarse a esa ciudad se hallaba Ghioldi, cuya vida en aquel instante corría peligro, producto de la bala que le había atravesado la espalda.

Pronto se supo que un trabajador peronista llamado Camilo González había perdido la vida en el tiroteo, del cual el Gobierno de Entre Ríos salió a desprenderse a través de un comunicado oficial. De acuerdo a su versión de los hechos, grupos que no pertenecían al partido peronista pero que sí se identificaban con «la acción justicialista de Perón y Eva Perón», reaccionaron «ante los agravios» que se lanzaban desde la «tribuna opositora», es decir, del palco donde se hallaban el principal orador, su hija y Villanueva.

El candidato presidencial del comunismo, en esta línea, habría resultado herido “por sus propios compañeros al abrir estos el fuego contra el grupo que trató de perturbar el desarrollo del acto”.

Otras versiones más verosímiles, en cambio, atribuyen el disparo a un “grupo nacionalista” que directamente buscó atacar contra su vida.

Los informes oficiales difundidos tras el incidente calificaban como “graves” a las heridas presentadas en la octava y novena costilla por el candidato comunista, por lo cual se dispuso la llegada a la ciudad de dos médicos procedentes de Buenos Aires. La Policía difundió a su vez la primera lista de detenidos, que ascendían a cinco, secuestrándoles los cuchillos y palos que portaban durante los disturbios.

El sepelio de González, el trabajador peronista herido de muerte en la plaza, fue un acontecimiento de profundo carácter político que contó con la presencia del entonces gobernador Ramón Albariño, el candidato a vicegobernador por el oficialismo, Miguel Torrealday, y dirigentes justicialistas de diversas ramas: Juana Larrauri por el Partido Peronista Femenino, Miguel Yaryez por el Partido Peronista y Francisco Padula por la Alianza Libertadora Nacionalista.

La Policía, por su parte, daba a conocer por esas horas la actualizada lista de detenidos tras el tiroteo. La nómina comprendía a más de una veintena de dirigentes comunistas de Paraná y Santa Fe, incluidos el propio Ghioldi, Villanueva y el herido Eudaldo Londero. Al día siguiente, el Ejecutivo entrerriano elevó a dos la cifra de policías heridos, identificándolos como José Luna y Domingo Ben-si. Al Hospital San Martín, nosocomio de referencia ubicado a tres cuadras del lugar de los hechos, fueron llegando esa noche más “personas con heridas y contusiones” que luego se fueron retirando, “no siendo improbable que hubiera más heridos de bala”.

Ghioldi, mientras tanto, permanecía internado y se aprestaba a ser intervenido quirúrgicamente en el Sanatorio Uranga de Paraná.

Tres importantes dirigentes del Partido Comunista enviaron un telegrama al gobernador entrerriano, pidiéndole garantías e instándolo a que se ocupe del herido candidato presidencial. Entre ellos se encontraba el médico personal de Ghioldi, Juan Ingalinella, quien cuatro años después desaparecería de manera trágica tras ser torturado por la policía rosarina.

Amaro Villanueva, escritor y periodista, se postulaba como candidato a Gobernador de Entre Ríos.



Con el correr de las horas los partes médicos trajeron algo de alivio. Ghioldi se hallaba fuera de peligro y las presunciones iniciales eran descartadas a medida que el dirigente comunista mejoraba. Así lo reflejó el comunicado que el gobierno entrerriano hizo público al día siguiente del enfrentamiento, donde cuestionaba los “rumores alarmistas difundidos con fines interesados” y señalaba que las heridas del candidato “no revisten la gravedad que se le asignara en un primer momento”. Al mismo tiempo, los diarios informaban que el resto de los lesionados comenzaban a mejorar y que Ghioldi sería trasladado a Buenos Aires en un avión «que ha sido fletado especialmente», siempre y cuando su estado de salud lo permitiera. Mientras peronistas y comunistas se acusaban mutuamente, Ghioldi abandonó la capital entrerriana. Según consignó El Litoral, lo hizo el viernes 2 de noviembre por la mañana, cruzando en balsa hacia Santa Fe para luego ser trasladado a Rosario.

En el libro La Fede, donde recorre casi un siglo de vida partidaria, el periodista Isidoro Gilbert hace una breve mención al atentado contra Ghioldi en Paraná. “La seguridad del líder comunista fue todo lo contrario a la capacidad partidaria que se tenía en esa materia, de modo tal que los matones que dispararon la tuvieron más fácil. Pudo haber sido una masacre”, consideró. Lo más inquietante de su relato, sin embargo, viene después: “Más tarde, en silencio absoluto —como pasó en otras ocasiones— los que hirieron a Ghioldi fueron muertos por un aparato especial del PCA”.

En una entrevista desarrollada en el marco de esta investigación, el fallecido periodista confirmó esa versión y sostuvo que, por lo que recuerda, su partido determinó que los autores de la embosca-

da fueron hombres ligados a la policía entrerriana. El comunismo argentino era blanco habitual de grupos nacionalistas, policiales y parapoliciales, razón por la cual tenía en ese entonces “un comando para estos menesteres”, es decir, un grupo encargado de ajusticiar a quienes se cobraban las vidas de sus camaradas.

“No puedo dar fe testimonial de que ocurrió tal cual. Me consta que se hizo porque lo escuché”, rememoró el escritor, quien por esos años era un joven trabajador que militaba en las filas de la Federación Juvenil Comunista. No fue esa la única determinación que tomaron las autoridades partidarias tras el atentado: los encargados de la seguridad del acto también sufrieron las consecuencias y fueron severamente sancionados por sus errores.

Ghioldi volvió a su ciudad, logró recuperarse y retomó la actividad política. La fórmula presidencial que encabezaba Perón junto a Hortensio Quijano arrasó en las urnas en la elección desarrollada el 11 de noviembre, con cerca del 62 por ciento de los votos, muy por delante del binomio Ghioldi-Alcira de la Peña.

Años más tarde, tras el derrocamiento de Perón y la derogación de la Constitución de 1949, Ghioldi se convirtió en convencional de la Asamblea Constituyente de 1957 que se desarrolló en Santa Fe. Allí y a todas partes, como testigo imperturbable de los hechos que ocurrieron aquella noche en Paraná, lo volvería a acompañar la bala que puso en riesgo su vida. ■

***Esta crónica fue premiada en el marco del Concurso Paraná en Crónica de la Editorial de la Municipalidad de Paraná y publicada en Suplemento Especial de El Diario en diciembre de 2021.

Villanueva imaginó muchas veces las palabras que iba a escuchar esa noche en la Plaza Sáenz Peña, uno de sus lugares predilectos de la ciudad

TRABAJADORES FERROVIARIOS DIERON ORIGEN A «EL ROJO»



Nació al costado de las vías y se convirtió en punto de referencia de una zona de la ciudad. Con 116 años de vida el Club Talleres forma parte del patrimonio de los paranaenses. Una institución que fue el sueño de unos pocos y se convirtió en la pasión de muchos.

La campana que marcaba el fin de la jornada laboral en el ferrocarril se podía oír a varias cuadras a la redonda. Ese sonido caracterizó a un barrio que creció mirando los trenes llegar y partir. Y fue sobre esos rieles donde un sueño se comenzó a forjar. Sin imaginarlo, un grupo de trabajadores ferroviarios iban a marcar la vida de miles de paranaenses. Fueron los hacedores de una pasión que hoy tiene nombre y color.

El Rojo es rojo desde 1917 -si bien su fundación fue diez años antes- y tiene su sede social en Feliciano e Irigoyen desde 1944 aunque siempre estuvo en el barrio. Nació el 15 de mayo de 1907 con el nombre de Talleres Union Football Club en la vieja cancha del Ferrocarril, a poquitos metros de las vías y junto a los galpones que justamente oficiaban de talleres. De ahí la explicación de su nombre y la imagen de su escudo.

Sus fundadores y primeros socios fueron los trabajadores ferroviarios. La tradición oral cuenta que los criollos aprendieron a jugar al fútbol de mano de los ingleses que llegaban en los barcos en tiempos en que el Ferrocarril de Entre Ríos pertenecía a una compañía de capitales británicos. Por aquel entonces eligieron vestir camiseta negra y pantalón blanco. El color que hoy marca su identidad se definió una década después. La Personería Jurídica se obtuvo en 1931 y se adoptó la actual denominación de Club Atlético Talleres.

El momento de quiebre sucedió hacia 1940. La Empresa del Ferrocarril de Entre Ríos -aún en

manos británicas- presentó una demanda de desalojo de la vieja cancha. Las gestiones que realizaron los dirigentes en aquel momento fueron infructuosas. Les dieron diez días para desocupar el inmueble y abandonar el reducto que había dado origen y sentido al nacimiento del club.

Pero Talleres nunca se fue del barrio. Previo al desalojo se alquiló un salón para reuniones de la Comisión Directiva en calle Villaguay N°135. Luego se hizo lo propio con un local de calle Sebastián Vázquez y Libertad. Allí se trasladaron los elementos que se tenían en la cancha de la Estación y se construyeron diversas instalaciones para la práctica de algunos deportes y juegos de salón. Fue en 1944 cuando Talleres dio el gran paso al adquirir el terreno ubicado en calle Feliciano e Yrigoyen. Allí se erigió la sede social. A una cuadra de la plaza, poco a poco se fue convirtiendo en el segundo corazón del barrio, el punto de encuentro, epicentro de las actividades deportivas y sociales.

El viejo salón contaba con un histórico escenario que fue testigo de innumerables festejos y recibió a artistas locales y nacionales. Por sus bailes, Talleres fue por muchos años protagonista en la grilla de eventos de la ciudad. En sus primeros años en la sede actual, lo social se impuso a lo deportivo. Poco a poco los vecinos se fueron sumando a las propuestas iniciales y luego lo hicieron sus hijos. El club se fue nutriendo de los niños de las cuadras aledañas, entusiasmados por la posibilidad de jugar y vestir una camiseta. La identidad por aquellos tiempos aún seguía en construcción.

Siempre en equipo

Al escribir sobre Talleres me resulta ineludible mencionar a mi padre. El Kelo Ramallo nació precisamente el mismo año que la sede se esta-

Fachada de la sede social.



Evangelina Ramallo
Periodista



La cancha del Ferrocarril estaba ubicada junto a los galpones donde funcionaban los talleres. De ahí, el inicio del club y su nombre.

bleció en la esquina de Yrigoyen y Feliciano. Ha pasado toda la vida a una cuadra de su verdadera pasión. Más allá de sus aptitudes para el deporte y de sus logros dentro de un campo de juego, su historia es la historia de quien ama al club. De niño saltó el tapial para poder patear la pelota o tirar al aro. De adolescente resignó reuniones sociales para estar en condiciones de representar al Rojo en la cancha. Como adulto destinó una porción importantísima de su tiempo para trabajar por la institución de la que fue presidente por dos períodos. ¡No estuvo solo! Ahí estuvieron sus amigos, todos ex jugadores de básquet y algunos de fútbol.

Aquel grupo de talleristas cumplió todos los ciclos. Encontraron en el club su lugar, hicieron deporte, aprendieron a querer la camiseta y a representar con orgullo esos colores. Construyeron comunidad y enseñaron a muchos otros cómo se vive con sentido de pertenencia. En 1986 todos ellos quedaron al frente de la CD y como dirigentes hicieron lo mismo que en la cancha: jugaron en equipo.

En esa etapa las obras fueron centrales para el crecimiento de la institución pero también la fuerte campaña realizada para acercar los niños al club y así llenar el semillero. En 1988 se inauguraron los natatorios: un antes y un después para Talleres y el barrio. Los avances en materia edilicia -lo fue también el desarme del viejo salón y la construcción del gimnasio cubierto- significaron al mismo tiempo la unión de los vecinos. Fue imprescindible el trabajo de los socios en cada una de las campañas realizadas y en la venta del bono contribución de las históricas Cenas Millonarias. La identidad para entonces estaba afianzada. Pasaron los años y Talleres se reinventó, creció y se

adaptó a los tiempos. De aquella institución que nació de la mano del fútbol y las bochas, actualmente es un club que cuenta con basquet, hockey sobre patines, sóftbol, hockey sobre césped, patín artístico y una posibilidad de constante crecimiento. Sus socios ya no son únicamente quienes habitan las cuadras aledañas. Llegan desde diferentes puntos de la ciudad para practicar una disciplina. Talleres ha logrado posicionarse incluso en la escena nacional e internacional a través de los logros obtenidos por sus deportistas. Aquellos que transitaban su formación vistiendo la camiseta roja, que llevaron con orgullo el escudo de la vieja locomotora en su pecho y que aún en otras latitudes no olvidan sus orígenes. De eso se trata. Aquellos ferroviarios que se permitieron soñar tras el sonar de la campana lograron mucho más que un cometido. A quienes desde siempre hemos sido parte de la familia del CAT no solo nos dieron un club, nos regalaron un sentimiento. ■



SALA DE BARRIO

CINE SÁENZ PEÑA: UN LUGAR QUE MARCÓ LA DIFERENCIA

El Cine Sáenz Peña fue inaugurado el 15 de septiembre de 1934 y llevó ese nombre hasta 1969, momento en que por un cambio de firma propietaria pasó a llamarse Cine Avenida. Fue una de las principales salas de Paraná, moderna para su época, en sus tiempos de esplendor. Surgió en una franja urbana intermedia, pujante, entre el centro y la zona de bulevares. Actualmente el solar que ocupó, es el Centro Cultural Roque Sáenz Peña, sede de la Banda de Música de la Policía de Entre Ríos.

La zona de la ciudad donde floreció este nuevo espacio para soñar con la magia de las películas en plena década del '30, no era precisamente el centro urbano. Más bien bordeaba el comienzo de la periferia sur de la capital entrerriana. A pocos metros estaba el Hospital de Caridad (que databa de 1861) y la vieja capilla contigua sobre la actual calle Enrique Carbó que fue demolida para la construcción de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús.

Al principio, en los años '30 y hasta los '50 del Siglo XX los carros rusos, aquellos de cuatro ruedas, venían de localidades adyacentes cargadas de familias ávidas por la maravilla de la pantalla gigante. Y para los que tenían parientes en Paraná, el mejor plan era venir y pasar un fin de semana, parar en sus casas (sobre todo si vivían cerca del Sáenz Peña) y poder asistir a las funciones matiné o noche del sábado y domingo. Eran como unas mini vacaciones. Ese encanto sólo lo tenía el Sáenz Peña.

Las salas cinematográficas del centro eran muy exclusivas: como el Mayo, el Urquiza (en el Palacio Bergoglio), el Select, había que tener otra ropa y algunos detalles más: porque los cines marcaban con su público los distintos poderes adquisitivos y

linajes familiares; más adelante se diría "ser de clase media para arriba". En cambio el Sáenz Peña era de clase media para abajo, y sin ningún tipo de limitaciones de la procedencia social.

En el borde de las luces de lo urbano

La Plaza Sáenz Peña es la segunda más antigua, luego de la Plaza 1º de Mayo. Con el nombre de Plaza Nueva o Plaza Grande fue su comienzo, como denominación del emplazamiento de un cuartel y una batería de las tropas de reserva del General Francisco Ramírez, que había dispuesto para establecer la defensa sur de la ciudad. Luego de eso, el lugar quedó destinado para cumplir las sentencias a muerte de los autores de los delitos más feroces de aquel tiempo, pelotón de fusilamiento mediante y de manera pública. La última ejecución fue en diciembre de 1858 con la presencia de más de 500 paranaenses. (1)

La historiadora Ofelia Sors rescata que por medio de una ordenanza municipal en 1882 se dispone que sea utilizada como estación de carretas que traían a Paraná todo tipo de mercadería desde la campaña y quintas de los alrededores: frutas, verduras, pan casero, tortas asadas, leña, etc. Pasó a llamarse Plaza Constitución. Y estaba cercada en su contorno con postes de hierro y gruesas cadenas, poseía molinetes en sus cuatro esquinas, y de esta manera impedía el acceso de caballos y vacas, sobre todo en horas de la noche. Con esta protección en su interior a partir de 1883 se le instalaron los primeros 28 faroles, 32 bancos, cuatro canteros de material para plantas y una retreta en el centro para pequeñas orquestas que animaban la jornada de ferias de un esplendoroso sitio de abastecimiento. (2)

A partir de la segunda mitad de los años '30 y comienzo de los '40, las gestiones municipales

Frente original del Cine Sáenz Peña, antes de su transformación actual.



Lic. Claudio Cañete (*)



Frente original del Cine Sáenz Peña, antes de su transformación actual.

comenzaron la transformación de toda la zona. A pocos metros toda esa feria se ubicó a partir de 1935, en el Mercado Sud (esquina Perón y Feliciano). Así, el público de los barrios la prefirió, ya más despejada, por su ubicación estratégica en una zona en crecimiento.

Un rincón para el séptimo arte

Éste cine entonces, ubicado enfrente a la Plaza Sáenz Peña, pegado a la entonces flamante iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, se sumaba al paisaje en renovación y crecimiento de ese sector de la ciudad. Se inauguró el 15 de septiembre de 1934 y llevó ese nombre hasta la mitad del año 1969, momento en que por un cambio de firma propietaria pasó a llamarse Cine Avenida. Su sala se extendía en una superficie rectangular alargada hacia el interior de la cuadra. En su interior tenía un escenario sin inclinación, en donde colgaba el telón. Tuvo dos alas de butacas de madera clavadas al piso, la sala lucía dos arañas de iluminación central; y completaban dos palcos a los costados de la cabina de proyección, una suerte de pequeña voladiza con asientos.

Las comodidades

Fue una sala que a lo largo de su historia ofreció instalaciones bastante similares a las comodidades que ofrecían las salas céntricas. Pero quizás por su ubicación periférica de ese entonces resultaba más accesible a la gente de los barrios e inclusive más amigable para las familias que venían de aldeas y localidades rurales adyacentes a Paraná.

En la década del ´50 y el ´60 ofrecía funciones con calefacción en invierno. Y en los ´60 también desplegó una articulación con experiencias como el cineclubismo, las vanguardias audiovisuales, formatos de pantalla y proyectores más modernos. Agregando a esto innumerables estrenos de filmes internacionales de importancia dentro del género de misterio y acción.

Seguendo los archivos del Semanario Expansión, se puede determinar que en la segunda mitad de la década del '60 y puntualmente en 1968, todos los lunes a las 21.30 se daba la función del Cine Club Paraná. Que proyectaba habitualmente cine checoslovaco y rumano entre otras propuestas



que luego tenían un posterior debate los días miércoles en la Galería de Arte "Alí Ladrón y los Cuarenta Babás" (un particular y selecto sitio ubicado en el centro de Paraná, que se publicitaba en la prensa gráfica pero sin dar la dirección).

En octubre de 1968 anunciaba en sus carteleras y promociones la incorporación de “nueva pantalla plástica y equipo de proyección”. Y en la matinée de los domingos realizaba sorteos para alentar la asistencia de público infantil. A fines de ese año también le dedicó un mes de proyecciones a un ciclo sobre la Nouvelle Vague. (3)

vamente en 1976. Mientras tanto, Varrone había dejado a sus dos hijos varones a cargo del próspero Sáenz Peña. Pero lo cierto es que el popular cine ubicado junto a la iglesia y la plaza cambió de dueño y de nombre tras su venta en 1969. Pasó a llamarse Cine Avenida y la programación fue renovada hacia otro público. Poco a poco el cine era conocido por ser muy concurrido por los soldados conscriptos que los fines de semana iban a ver películas “prohibidas” (para menores), como las de Isabel Sarli. Un estilo que mantuvo hasta su cierre hacia finales de los ´70 alternado películas de acción, humorísticas y las condicionadas. En su último tiempo, la exhibición de los afiches de éstas últimas generó una fuerte crítica desde la parroquia que no ocultaba su disgusto en cada sermón de las misas de los sábados a la tarde, previas a las funciones de la noche. Fue conocido también como el Cine de las Pulgas, como humorísticamente lo denominó la gente, porque cerca de su cierre, ya en malas condiciones, más de uno se las encontraba en las butacas viejas y gastadas que permanecieron hasta la puesta en valor de sala, hace pocos años. ■

(*) Autor del libro *Fotogramas. Historia de los Cines en Paraná. Públicos, salas y películas como marca cultural del Siglo XX*. Editorial Fundación La Hendija, Paraná, julio de 2017. Y del nuevo libro *Cine Bavio. Una historia paranaense con mística de barrio*; publicado por la Editorial Municipal Paraná, Colección abril de 2023.

FUENTES CONSULTADAS

- (1) Riani, Jorge. *Relicario. Crónicas urbanas de Paraná*. Editorial Fundación La Hendija, Paraná, 2012.
- (2) Sors, Ofelia. *Paraná dos siglos y cuarto de su evolución urbana 1730-1955*. Segunda Edición. Imprenta Los Gráficos, Victoria, Entre Ríos; julio de 1994.
- (3) Semanario **Expansión** (de Paraná). Colección del autor. Del N°1 al N°29 196

CÓMO SIGUIÓ LA HISTORIA DE ESTE LUGAR

*Tras el cierre del Cine Avenida producido en la primera parte de la década del '80, el espacio estuvo sumergido en una etapa de destino incierto y abandono, con todos los elementos resguardados por la oscuridad y el polvo, como una suerte de cápsula del tiempo. La pintura de las paredes originales, las luminarias y aberturas. El piso era de pinotea a la vieja usanza.

*A comienzo de los ´90 funcionó en la parte del hall el Centro Cultural López Jordán, un lugar donde se realizaban peñas y actuaban algunos grupos folclóricos. Luego, una vez más se cerró. El detalle anecdótico es que estando allí en alguna de las mesas, se podían observar las butacas y la sala en penumbras, a través de los orificios de las puertas plegables que conducían directamente a la sala, y que estaban enganchadas por una gruesa cadena con candado. El pasado se había clausurado.

*En el 2014 fue donado por el Círculo Católico de Obreros de Protección Recíproca, a la Banda de Música de la Policía de Entre Ríos. La Banda ya estaba ocupando el predio desde un tiempo antes a manera de préstamo para sus ensayos y oficinas administrativas.

*El jueves 8 de julio de 2021, se inauguró el Centro Cultural Roque Sáenz Peña, en el marco de la conmemoración por los 200 años del fallecimiento de Francisco Pancho Ramírez, creador de la Banda de Música de la Policía de Entre Ríos, que la sigue ocupando como sede definitiva. El Gobierno de Entre Ríos restauró el lugar, modernizó su estructura y equipamiento, y lo dejó con capacidad para 440 espectadores. El frente fue reformado totalmente. Y el interior también tuvo una transformación completa, dejándose las butacas superiores del palco a manera de recordatorio del viejo cine.

A comienzo de los ´90 funcionó en la parte del hall el Centro Cultural López Jordán



MUNICIPALIDAD DE
PARANÁ

 @muniparana
 @MuniParana

 www.parana.gob.ar
 @municipalidaddeparana

MERCEDES, EL VIEJO Y LOS GATOS



Cada 29 de diciembre, a las once y cincuenta y cinco de la noche, Benicio tomaba su termo y su mate en mano para dirigirse a la plaza. Su casa no quedaba a más de una cuadra del lugar, por lo que llegar le tomaba esos cinco minutos que faltaban para las doce en punto. Ya en la plaza, casi siempre solitaria a esa hora, se aseguraba de que su banco frente a las glorietas se encontrara vacío y, recién en aquel momento, se dirigía con seguridad a él.

De a uno iban llegando. Primero llegó Coco, con su color grisáceo que lo caracterizaba y esos ojos anaranjados y brillantes que reflejaban los pocos años que tenía de vida. Luego apareció Tirzo, el más viejo de los cinco y el primero que se había acostado bajo esas glorietas siete años atrás. Después, tan inseparables desde el nacimiento, llegaron Indio y Luna; los dos de pelaje tricolor con una cola flaca y alargada. Por último, rengueando y con una oreja medio machucada, llegaba toro; el más peleador de los cinco. Así, en aquel orden, Benicio los veía acostarse en lo que parecía una ronda casi perfecta. Ahora les quedaba esperar al personaje más importante de aquella reunión anual; Mercedes.

Desde la sombra en las glorietas que el farol a izquierda de Benicio no llegaba a iluminar, venía caminando una señora de baja estatura, con las canas cubriéndole casi toda su cabeza y con un banquito de madera en la mano. Tomó asiento frente a los gatos y, por unos cuantos minutos, se quedó en silencio.

Benicio notaba que la señora estaba diferente al año pasado. La notaba triste, un poco más apagada que otras veces. No tenía claro por qué iba a la plaza cada año, pero todos los años disfrutaba escuchar sus anécdotas.

Hace algunos años, la había escuchado hablar de la primera vez que su madre la había hecho trabajar como ama de casa en una mansión del centro. Aquella historia no era nada particular a oídos de Benicio, hasta que la escuchó mencionar el año en el que había transcurrido la anécdota: 1818. Ahí fue cuando comprendió que Mercedes no era una persona; al menos no una de carne y hueso como pensaba. Desde aquél descubrimiento, Benicio se propuso estar en ese banco cada 29 de diciembre de los años que le quedaran.

Mercedes, aquella noche, comenzó el relato con una voz apagada. Contaba, con sus oyentes bien atentos frente a ella, que la plaza en la que se encontraban ahora mismo (según ella la "Plaza Nueva") había sido un lugar de tragedia y oscuridad para quienes habían vivido en su época. Decía, casi con miedo a espantar al más joven de los gatos, que ella había presenciado la última ejecución en la plaza. Según ella, eran alrededor de quinientas las personas que estaban reunidas allí para observar el asesinato. Mercedes aseguraba que ese día había sido el evento más horrible que había presenciado en su larga vida, y que deseaba compartirlas ese recuerdo para que ella no fuera la última en hablar de la historia que tenía la Plaza Nueva.

Benicio, sabiendo que era casi imposible que la señora esperara que un grupo de gatos hablaran con otras personas sobre su relato, entendió que se estaba dirigiendo a él. El viejo se quedó estático, porque hasta ese momento él creía que estaba fuera del campo visual de Mercedes. Cuando tomó el valor para acercarse, luego de que ella lo mirara desde su lugar, la vio desaparecer como el fuego de una vela desaparece si uno sopla su llama. Él no era el único sorprendido; los gatos habían comenzado a maullar, como si la estuvieran llamando para que vuelva.

Al año siguiente, cuando Benicio ya estaba sentado en su banco con el mate, esperó una hora casi completa y Mercedes no apareció bajo las glorietas. Supo allí que los gatos ahora lo esperaban a él, y que querían escuchar algún relato que tuviese guardado, para no romper aquella tradición que hace siete años Mercedes había comenzado. ■

*Texto publicado en el marco de una pasantía.

con- VERGEN- CIAS



La Plaza Sáenz Peña siempre es un alivio en el camino. No necesito pasar por ahí de regreso al departamento, pero todas las tardes me desvío para poder atravesarla. Por más agotador que haya sido el día en la oficina, la frescura que regalan sus árboles y la fauna variada que la habita, hacen que este lugar, en medio de la urbe, sea un oasis en este desierto de gente.

Y hoy es un día donde necesito ese descanso. Así que, apenas pongo un pie en la vereda de la plaza, siento como todo empieza a despejarse. Decido sentarme en un banco un poco destartado, imagino que por eso está vacío, porque recibe mucha sombra y es un lugar donde se puede apreciar casi toda la plaza.

Me llama la atención una pareja que pasa. Les veo cara conocida. La mujer empuja el carrito de un bebé y enseguida me aplasta un recuerdo. El bebé del cochecito tiene un osito de peluche idéntico al que me regaló mi abuela cuando nació. Este oso es nuevo y sus colores son vívidos, no como los de Osy, que ya está opaco y guardado en una caja en algún placar.

Me quedo mirando el cochecito por unos instantes hasta que dos pibes que pasan pateando una pelota vieja y desgajada se roban mi atención. Tienen muy poco control de la pelota, pero no les importa. Van riendo y corriendo a toda velocidad. Me sorprende porque uno es muy parecido a Diego, mi mejor amigo de la infancia. A nosotros también siempre nos gustó jugar a la pelota, aunque nunca aprendimos a dominar un balón. Pasaron muy rápido y no alcancé a mirar al otro niño.

En ese mismo momento, me percaté de un joven que no deja de mirarme. Está sentado en corro con un grupo de estudiantes secundarios. Eso no es raro, porque la plaza es el lugar donde los estudiantes de todos los colegios cercanos pasan el rato. Lo que sí es raro, es que el pibe es igual a mí. Nos miramos asombrados. Me descubrí al instante en sus ojos marrones. Tengo la mirada despreocupada y llena de juventud.

Alguien me toca el hombro y me espabila.

—¿Qué pasa? —digo sin dejar de mirar al grupo de estudiantes.

—Te llamás Pablo ¿verdad? —me pregunta dudoso.

Entonces giro para verlo y me encuentro, adolescente, parado delante de mí.

—¡Lo sabía! —exclama al ver mi cara.

—¿Qué está pasando? —le pregunto.

—No lo sé... pero te estoy mirando desde que llegaste... y a ese otro de allá —me señala con la mirada al joven del secundario que sigue, ahora, más asombrado todavía, mirándonos—. Supe que algo raro estaba pasando desde que vi a un bebé pasar con Osy en la mano...

Entonces, como un flash, comprendo todo. Vuelvo sobre mis pasos velozmente y veo, a lo lejos, la pareja que sigue empujando el cochecito. No los puedo ver con claridad, pero distingo el infundible caminar de papá. Por eso me resultaban familiares. Voy a gritarles, pero ellos terminaron de cruzar la plaza y ya no puedo verlos.

—¿Cómo están todos? —suena la voz familiar— ¿Papi y mami están bien?

Dudo qué responder. No sé si contarle lo del viejo.

—No, mejor no me digas nada... —acorté camino al verme dudar— Ya me voy a enterar solito de todo eso...

Está tan lleno de todo. Con proyectos, con aventuras por vivir y sueños por cumplir. Sin proyectos rotos, sin desamores y sin muerte caprichosa. No me da tiempo de hablar y agrega:

—Fue bueno verte... en serio. Voy a empezar a comer mejor, porque esa pancita no me queda muy bien —mientras dice eso, una pareja que está haciendo ejercicios corriendo alrededor de la plaza, nos esquivo sin inmutarse—, o tal vez debe venir a la plaza a correr como ellos. Tengo que irme, se me hace tarde.

Con pasos rápidos comienza a alejarse. Me quedo sorprendido y me recuerdo a su edad. Debe tener

Pablo Ramos (*)

15 años, o tal vez 16. Lo sé porque tiene puesta una remera que me encantaba. Entonces me acuerdo y me doy cuenta que tengo que avisarle algo importante.

Corro en su dirección y lo llamo:

—¡Pablo! ¡Pablo! —Cuando mira sobre su hombro izquierdo sin detenerse, le grito —¡Cuidate de unos ojos negros que te van a complicar la vida!

—¡La vida vale menos que el amor! —Me respondo mientras cruza la calle ancha que separa la plaza de unos edificios.

Me quedo en el mismo lugar por unos minutos. Cerca de mí hay unas chicas que practican sobre un elástico tenso. Unos pocos metros más allá, hay un grupo de amigos sentados en el pasto tocando la guitarra y cantando. Un poco más lejos, una pareja toma mates y disfruta de la buena compañía.

Avanzo con la mirada y me encuentro sentado en un banco. Estoy abrazando a una mujer que no conozco. Debo tener algunos años más que ahora, lo sé porque la entrada de mis cabellos es bastante más considerable. Ellos no pueden verme, pero yo, ayudado por un tronco grueso, puedo observarlos perfectamente. Estamos hablando amablemente. Nos miramos profundamente. Conozco esa mirada. Sin dudas, estamos enamorados. Es bueno saber que todavía quedan cosas buenas por delante.

Camino unos pasos tratando de alejarme sin importunarlos, pero él alcanza a verme. Cruzamos las miradas por unos segundos. Con la mirada, me señala un banco unos metros más adelante.

Hay un tipo mayor, sentado solo. Sé que soy yo dentro de varios años. Me acerco dubitativo. Al verme, con la mano me invita a sentarme a su lado.

—Me gusta sentarme siempre en el mismo banco —dice mirando un punto fijo que no logro divisar—. Hay veces que está ocupado, entonces aprovecho y doy unas vueltas a la plaza. Observando. Hay de todo. Parejas que están cerca, pero lejos... y otras que, aunque estén lejos, se mantienen cerca. Los juegos están llenos de niños y eso descubre los tipos de padres. Están aquellos ocupados en que sus hijos no se golpeen, y están aquellos que los dejan correr y jugar mientras leen noticias en su celular. Hay músicos, hay acróbatas, hay amigos y hay novios o casi novios. Mientras hablaba, señalaba sutilmente con mano. Primero, a una pareja que estaba sobre una manta cuadriculada, donde la joven apoyaba la cabeza sobre el regazo de su novio y él, sin preocuparse por mucho más, jugaba con su cabello haciendo remolinos. Luego, para el otro lado, donde dos jóvenes reían histéricos a una distancia prudencial que se acortaba con cada sonrisa y con cada mirada cómplice.

—Hay jóvenes que corren apurados y ancianos que caminan lento —prosiguió—. Hay hombres de traje y niños que están pidiendo. Hay madres que sueñan un futuro para sus pibes y hay padres

que no están, porque están trabajando por ese futuro. Como te decía, en la plaza hay de todo tipo de personas y nosotros, mi amigo, somos un poquito de cada uno.

—No estás asombrado de verme —le digo.

Sonríe y por primera vez, me mira. Se queda un rato observando mi juventud.

—Te estaba esperando —dice pensativo—. Hace muchos años me pasó lo mismo, más o menos cuando tenía tu edad.

—¿Vale la pena que te pregunte sobre... nuestra vida?

Se puso de pie y se alistó para marcharse. Se colocó un sombrero que jamás pensé que usaría.

—La vida siempre vale la pena —dijo—. Tengo que irme, me están esperando en casa y ya se hizo tarde. —Caminó unos pasos y se detuvo. Volvió a dirigirme la mirada.

—No dejes de pasar por la calesita —dijo.

Apuré el paso y dejé de verlo al cruzar la calle.

Me quedé sentado durante un rato largo y supe que, desde ese día, ese sería también mi banco. Me levanté y lleno de futuro incierto comencé a caminar decidido. En algún momento, alguien me esperaría en casa, así que aceleré tanto el paso que debe haber sido muy gracioso verme. Antes de cruzar calle Villaguay me detuve para mirar la calesita. La música alegre invadía el ambiente. Los niños reían y saludaban a sus padres en cada una de las vueltas.

—¡Chau, abuelitos! —gritó una niña de trenzas largas.

Una pareja de ancianos la saludó con intensidad. Apoyado en mi bastón, giré la cabeza, me miré fijamente y sonreí. ■

*Texto publicado en el marco de una pasantía.



GUALEGUAYCHÚ, LA CALLE CON PERFIL PROPIO

Atraviesa de lado a lado el barrio Sáenz Peña y es una de las arterias que concentra una importante actividad comercial en la ciudad. En su historia hay negocios centenarios. Uno perdura con 102 años.

Gualeguaychú, una de las calles distintiva de la ciudad, cruza el barrio Sáenz Peña de lado a lado, a lo largo de diez cuadras: desde la Peatonal San Martín hasta las Cinco Esquinas, y se plantea en el tiempo como una de las zonas destacadas de la actividad comercial.

Es ancha y espaciosa en el primer tramo, desde Avenida Ramírez hacia el centro, luego se angosta en las últimas tres cuadras hasta tocar la peatonal, volviéndose una calle convencional en sus dimensiones, partida en dos carriles: uno para el tránsito general y otro para el transporte público. Una vidriera pegada a la otra es la fisonomía de esas cuadras vecinas a la peatonal, con carteles y colores propios de la estética comercial.

La calle alberga una variedad de locales -221 de acuerdo a un relevamiento realizado en 2020 por el área investigaciones de mercado de la empresa Hojman Negocios Inmobiliarios-, la mayoría activos, en funcionamiento.

El tiempo y los vaivenes económicos inciden en el perfil de la actividad, que sin embargo cuenta con casas comerciales históricas en pie, mientras que hay algunas que han quedado en el camino. Entre estas últimas, se puede mencionar el bazar de electrodomésticos El Entrerriano, un comercio emblemático de la ciudad que terminó su ciclo de casi cien años a fines de diciembre de 2020. El bazar había empezado a trabajar en mayo de 1924. Por esos años, comenzó también una forrería, comercio que continúa con sus puertas abiertas en la esquina de Gualeguaychú y Arturo Illia. (Ver Recuadro)

“Una de las más importantes”

Desde la perspectiva comercial, calle Gualeguaychú es considerada una de las más importantes de la ciudad. Marcelo Quiroga, presidente del Centro Comercial e Industrial de Paraná, dijo en

diálogo con Mi Lugar, que “se ha convertido en un centro comercial más de la ciudad” y comparó este desarrollo con el registrado en otras zonas, como Avenida de las Américas, Santo Domínguez y Artigas. “Se han ido desarrollando pequeños pueblos comerciales que de cara a una visión más macro del Municipio deberían ir convirtiéndose en centros comerciales a cielo abierto, que es lo que aspiramos nosotros”, apuntó. Y seguidamente, reafirmó que calle Gualeguaychú “tiene su desarrollo comercial específico y está consolidada comercialmente”.

Por su parte, Saúl Hojman, integrante de la inmobiliaria que encara periódicamente estudios de mercado de los locales comerciales existentes en zonas céntricas, sostuvo en declaraciones a Mi Lugar, que “Gualeguaychú es una de las calles comerciales más importantes de la ciudad, en el área del microcentro” y destacó su perfil comercial.

Tanto Hojman como Quiroga hicieron hincapié en un aspecto que tuvo impacto negativo en el movimiento de la zona: los cambios de ordenamiento del tránsito, con una sola mano y un carril exclusivo para el transporte público, que imposibilitó el estacionamiento sobre la acera norte en el tramo ancho. “(La modificación en) el sentido de circulación y los colectivos le ha quitado un montón de protagonismo. Uno de los carriles es para colectivos y no se puede estacionar. Antes era doble mano”, detalló Hojman.

¿Uno o más rubros?

Si se buscaban muebles o colchones, una opción obligada consistía en caminar las cuadras de esta arteria ubicadas en la zona del microcentro. Si bien en la actualidad se encuentran esos productos, la oferta es variada y no habría un rubro predominante. Para Quiroga, se ha producido en los últimos periodos “una proliferación de locales comerciales a lo ancho de toda calle Gualeguaychú”, con una “volatibilidad comercial que está a la orden del día” y que afecta al centro de la ciudad en general. Mencionó la venta de ropa y calzado como rubros volátiles, con marcada incidencia, que producen altas y cierres constantes.

Entre los rubros sobresalientes en calle Gualeguaychú, el referente del Centro Comercial, mencionó el de las pinturerías, electricidad, bicicleterías, ferretería (principalmente una de dimensio-



Calle Gualeguaychú es considerada una de las más importantes de la ciudad en materia comercial.



Marta Marozzini

nes ubicada a metros de Gualeguaychú), y tapicería con comercios reconocidos en la ciudad.

Por su parte, Hojman opinó que no hay un rubro predominante: "Gualeguaychú es una calle amplia, larga comercialmente y hay de todo. Puede haber un poco más de mueblería, pero Paraná no es como en Buenos Aires" que hay zonas donde se concentran las ventas.

Sobre la volatilidad comercial, Quiroga indicó que "Paraná se ha destacado en los últimos años" y mencionó el caso de personas "que por ahí, producto de una indemnización o de unos ahorros, han emprendido locales comerciales sin mucho éxito. Por eso, vemos cómo abren y cierran periódicamente locales a lo largo y ancho de todo el centro". También, dijo que el fenómeno se produce por "el alto costo de los alquileres que en muchos casos es imposible sostener, lo que ha hecho que comerciantes se vayan trasladando a zonas más alejadas del centro o macrocentro, justamente buscando poder subsistir con menos costos pero también con menos ventas". Al respecto, consideró que en el último tiempo comerciantes del microcentro empezaron a trasladarse a zonas de calle Gualeguaychú, Carbó, 25 de Mayo, Echagüe. ■

CARBÓ, CON OTRAS CARACTERÍSTICAS

Enrique Carbó es otra de las calles comprendidas por la jurisdicción de la comunidad vecinal Sáenz Peña, que de acuerdo al decreto municipal 477 de 1996 quedó determinada por Gualeguaychú, al norte; San Martín, al oeste; Gral. Racedo, al sur, y Avda. Ramírez, al este.

Esta calle, con gran incidencia en el barrio Sáenz Peña y especialmente en la ciudad, ya que permite una salida rápida del microcentro hacia el este, concentrando un tránsito constante en la amplitud de su calzada, se diferencia en la esfera comercial en relación a Gualeguaychú.

Según el informe elaborado por de la empresa Hojman Negocios Inmobiliarios, Carbó contaba en 2020 con 118 locales comerciales y casi el 23% estaba desocupado. Al respecto, Hojman opinó que esta arteria "no tiene tinte comercial". En consonancia, el presidente del Centro Comercial consideró que está "marcada por pocos locales por cuadra, no tiene una oferta comercial tan amplia como calle Gualeguaychú" y señaló que hay casas de materiales de construcción y sanitarios.

UN COMERCIO DE MÁS DE UN SIGLO

En enero de 2023, la Forrajería Sánchez cumplió 102 años. Ubicado en la esquina de calle Gualeguaychú y Arturo Illia, el comercio de la familia Sánchez ha sido testigo de los cambios de época, tanto en la demanda del rubro como en la fisonomía de la zona donde está emplazada la casa.

Ricardo Sánchez, nieto de Anastasio Sánchez, el fundador de la histórica forrajería, dice que el comercio siempre estuvo en ese lugar, en esa casona que guarda las características de las construcciones de otro tiempo. La amplitud del salón de ventas y un mostrador de madera y mármol, reflejan la antigüedad y quizás el esplendor del comercio de otras épocas.

Ricardo Sánchez destaca con orgullo las características de la casona de techos altos y aberturas antiguas, mientras menciona que la mesada es de mármol de Carrara, traído a pedido.

"Antes, el combustible era el fardo de pasto; ahora es la nafta", afirma en relación a la importancia que tenía la forrajería y cuenta que se llegaron a cargar 14 vagones de tren por día con

forraje para dependencias militares ubicadas en la provincia Entre Ríos y también en Corrientes. Las cargas iban destinada al alimento, principalmente, de los caballos. Para ese fin, dice que la casa fue proveedora de la Policía, Gendarmería y dependencias militares.

Ricardo nació en 1946 y comenta que desde muy chico fue parte de la forrajería de su abuelo, que luego pasó a manos de su papá y su tío. Recuerda que la casona estaba emplazada en medio de un descampado, con un zanjón de un lado, por donde ahora está calle Illia, con el centro de la ciudad distante y una afluencia de carros y sulkys que llegaban de distintas zonas a comprar harina a granel. "Venían desde el Morro, Bajada Grande, Puerto Sánchez", dice y señala que estaba muy presente la plaza: no la recuerda como un lugar de esparcimiento sino como el sitio de las ejecuciones de personas, y enfrente, en la esquina de Carbó e Illia, un hospital de enfermedades infecciosas.

"Desde 1921, Casa Sánchez", se lee en la fachada de la casona. Cierra la leyenda con una bandera argentina y más abajo, con las ofertas: alimentos balanceados y semillas de huerta y césped.

Y como una muestra de los vestigios del tiempo en esa casa, en la parte lateral, sobre Illia, se conserva en la pared un cartel indicador, en letras azules y fondo blanco, con el nombre que tenía esa calle: Gualeguay.



El comercio fue creado en 1921 y desde entonces funciona en el lugar.

EL SONIDO QUE MARCÓ LA VIDA DEL VECINDARIO

La incidencia de la actividad ferroviaria en el barrio, el “pito del tren”, una plaza con árboles, arbustos e historia, un hospital y el temor de pasar cerca son parte del recuerdo de vecinos.

El ferrocarril y la actividad incesante en la estación imprimieron una impronta al barrio, con cuadras de “casas de ferroviarios”, un movimiento de empleados en bicicleta que se dirigían al trabajo por el bulevar Racedo y una especie de sirena que además de marcar los horarios de entrada y salida del personal, era una guía que reemplazaba a los relojes en el vecindario. Ese, el del sonido emanado por la estación, es uno de los recuerdos más vívido de Tomás Sebastián Bragado “Cacho”, quien junto a su esposa Cora María Erminia Soto, conversó con Mi Lugar sobre la vida en el barrio desde la infancia.

“El ferrocarril era una institución en el barrio”, asegura Tomás Bragado, quien nació en 1932 y siempre estuvo ligado al vecindario.

Habla de la actividad que había en torno de bulevar Racedo y a los empleados que hacían sus casas en la zona: “Yo vivía en calle Feliciano, entre Illia e Yrigoyen, y esa era una cuadra de ferroviarios”.

Y el recuerdo en el que pone más énfasis es el referido al “pito” que sonaba en la estación para anunciar el ingreso y salida del personal y también circunstancias especiales.

“El barrio vivía en torno del tren y tenía dependencia de la estación porque tocaban un pito a las 12 menos cuarto y otro a las 12, que era la salida. Y entonces con el pito de las 12 se comía. Las amas de casa se manejaban con esos pitos para la organización familiar”, afirma y rememora con un dejo de emoción que en Navidad sonaba y entonces “nos saludábamos y abrazábamos”.

La actividad ferroviaria, iniciada en el siglo XIX, tuvo su apogeo y luego su caída, cuando se desmembró, en la década de 1990.

Continuando con la idea de la relación estrecha entre el ferrocarril y el barrio, el vecino menciona que la estación de trenes era un lugar donde de niño iba a jugar con los chicos de la zona. Siempre estaba “bien arreglada, impecable”, describe. Y sitúa en esos lugares a su abuelo, un inmigrante español, que iba y venía al puerto con un carro con caballos.

De chico no vivió la misma sensación de cercanía con el sector donde está la plaza Sáenz Peña. “Se decía que se batían a duelo, lo único que había era un caminito que cruzaba la placita, que era un monte. Teníamos prohibido pasar por ahí. Aparte, teníamos miedo”, rememora y dice que el lugar empezó a ser más convocante a partir de que se limpió y se pusieron juegos. Eso ocurrió entre 1930 y 1940, de acuerdo al registro histórico.

También, el funcionamiento de un hospital (de Caridad en 1875 y a comienzos de la década del '30, se inaugura el dispensario antituberculoso, anexo a ese establecimiento) ubicado en la esquina de Carbó e Illia alimentaba supuestos y prejuicios: “No nos dejaban pasar por ahí por los contagios” y explica que la plantación de eucaliptus en la plaza fue “una forma de purificar el ambiente”. Con el tiempo, cuando con su grupo de amigos transitaban los 15 años y dejaban atrás los pantalones cortos y los miedos, ya tenían un banco en la plaza al que iban siempre, antes de irse a dormir.

Actualmente, la pareja vive en el barrio, en calle Maipú, lugar donde tanto Tomás como su esposa recuerdan haber corrido de niños en lo que era un espacioso descampado convertido por los chicos



Marta Marozzini



Frente de la primera estación de trenes de Paraná (Fuente: foto publicada por Paraná hacia el Mundo)

del barrio en un “campito de juegos”. Él jugaba al fútbol y ella remontaba “cometas”.

La plaza, el cine, la escuela

César Galarraga nació en 1947 y vivió desde sus primeros años en calle Rocamora. Lo primero que menciona es la Plaza Belgrano, ubicada en Carbó y Ramírez, delimitada por ligustrinas, como un lugar público de juego y encuentro con otros chicos. Para el vecino, el barrio creció con la fuerte impronta del ferrocarril. Había muchos vecinos –afirma– que eran empleados ferroviarios y vivían en el sector cercano a Racedo. También coincide en resaltar en sus recuerdos “el pito” característico de la estación y la incidencia en el barrio: la gente salía o decidía hacer cosas a partir del sonido que marcaba el momento exacto del día, y revive la imagen de “cientos de trabajadores” llegando o saliendo de trabajar, muchos en bicicleta por Racedo.

César, docente y estudioso de la historia, se refiere a su niñez en el barrio y lo enmarca en el pasado general. Habla de la plaza Sáenz Peña y sus primeros recuerdos son de muchos árboles, los eucaliptus históricos, hamacas, toboganes y dice que por ahí caminó la Delfina, la compañera de Francisco “Pancho” Ramírez, cuando en las primeras décadas del 1800 ubicó su Ejército en ese terreno. “Ramírez tenía ahí los corrales”, puntualiza y añade que “muchos años después, aprovechando que habían quedado las caballerizas, venían los carros con productos para vender y paraban en ese lugar”. Cuando empezó a formarse la plaza, “le habían puesto molinetes para que no pasen los animales y sí las personas”.

Volviendo a su niñez, dice que tiene los mejores recuerdos cuando iba con sus amigos al cine Saénz Peña (Ver páginas 13 a 15), ubicado al lado de la iglesia Sagrado Corazón. Por último, y en referencia a la rica historia de la plaza, relata el hecho que ocurrió en 1951 y que la tuvo como escenario: la balacera desatada en un acto de campaña de Rodolfo Ghioldi, candidato a presidente de la Nación por el Partido Comunista (Ver páginas 8 a 10). Recorre ese hecho conmoviente, en base a los testimonios de vecinos, que cita con nombre y apellido, y que habrían sido parte del público del acto de aquel 31 de octubre. Hechos y testimonios que se suman a la rica historia de la plaza, la segunda creada en la ciudad. ■



©Jorge Riani by Paraná hacia el Mundo

la estación de trenes era un lugar donde de niño iba a jugar con los chicos de la zona. Siempre estaba “bien arreglada, impecable”

DE UN PASADO VIOLENTO AL PRESENTE DE RECREO

UNA PLAZA DIBUJADA POR LA HISTORIA

De cuartel general de Ramírez, rodeada de trincheras, o lugar de ejecución de condenados a muerte, la Plaza Sáenz Peña pasó a ser uno de los lugares elegidos por los paranenses para la recreación y el ejercicio. También, es el espacio consagrado a la memoria.

La Plaza Sáenz Peña es un oasis verde en pleno centro. No solo por su variedad de árboles sino también por el tamaño de los mismos.

¿Es posible que un gigantesco eucalipto despliegue todo su ramaje a la vera de una de las calles más transitadas y comerciales de Paraná? ¿O que tipas majestuosas lluevan sus flores rosadas?

Por los anchos veredones, recientemente inaugurados, pasan los transeúntes. Muchos de ellos caminamos apurados para no perder el ritmo de sus ejercicios cotidianos; otros, pasan hacia el hospital, o a los negocios del área, o hacia el centro, o a las escuelas de la zona.

También están los que se contagian de la calma que reina en el inmenso cuadrilátero y se sientan a charlar o matear en las áreas verdes, o en los bancos a la sombra. Es una plaza que se vive a toda hora, que se disfruta, es una plaza que es usada por vecinos y también por habitantes de otros barrios que se trasladan hasta allí para una caminata diaria.

Por mi parte, elijo un banco encallado en uno de los islotes verdes y me siento a leer una de las crónicas de Amaro Villanueva, los textos publicados por el escritor entrerriano que fueron recopilados por la Editorial de la Universidad Nacional de Entre Ríos (EDUNER).

Plaza Nueva

Pero cuando Paraná se formaba, alrededor de lo que hoy es la Iglesia Catedral, estos eran terrenos alejados. Se la empezó a llamar la Plaza Nueva, para diferenciarla de la Plaza Mayor, la que hoy llamamos 1º de Mayo. En 1820, Ramírez ubicó aquí su cuartel general y según cuenta el historiador Benigno Martínez, se ordenó la construcción de trincheras en las calles que la rodeaban. Se colocaron cuatro piezas de artillería volante defendidas por 219 hombres entre infantes y artilleros al mando del sargento mayor Lucio Mansilla.

Durante mucho tiempo se la siguió llamando Plaza Nueva o también Plaza Grande y más tarde también se le decía Plaza del Hospital, porque enfrente estaba el nosocomio.

“Es preciso aclarar que este sitio tenía aún muy poco de plaza, pues tratábase sólo de un gran espacio semidescampado, con algunos árboles y arbustos, habiendo sido dramático escenario muchas veces de la aplicación de la pena de muerte”, cuenta Ofelia Sors en su libro *Paraná, dos siglos y cuarto de su evolución urbana*.

En 1882, una ordenanza la constituye como estación de carros y carretas que traían a la ciudad frutos y alimentos y en 1884 se aprueba el proyecto para construir algunos adornos y hacer algunas refacciones para que se pareciese un poco más a una plaza. Se colocan bancos, faroles, canteros y un quiosco en el centro para bandas de música.



Fabián Reato



Mala fama

“Es una limpia plaza de barrio umbrosa, fresca, cordial, limitada por las calles Enrique Carbó, Gualeguay, Villaguay y Presidente Irigoyen. Era una placita descuidada y vieja, casi sin bancos en que sentarse, casi sin flores y, desde luego, sin veredas de mosaico ni senderos bien dispuestos para recibir el agua del cielo, que los convertía en lodazales. Así era, hasta no hace mucho, este paseo público conocido vulgarmente por *la plaza del Hospital*”, cuenta Villanueva en su crónica *El cuadrilátero del General Ramírez*.

Por otra parte, Villanueva habla de que la plaza supo tener “mala fama, lo mismo en materia de amor que en materia de cuchilladas”. Además, se refiere a que fue un sitio de fusilamiento durante la Confederación.

“Aquí se fusiló a uno de los hermanos Caraballo, autores de un crimen que conmovió a la ciudad —leo en la crónica de Villanueva— Aquí se fusiló también a unos paraguayos que cometieron un horrendo y alevoso crimen en el departamento La Paz. Los reos eran tres, pero a uno de ellos se le computó la pena, por la de presidio perpetuo en atención a su minoría de edad, debiendo presenciar la ejecución de sus compañeros, sentado en el banquillo”.

Levanto la vista del libro y veo a un hombre y su hijo que juegan con un perro. El animal salta para atrapar una pelota y cae sobre el chico. En un momento parece una tragedia, la cara amaga un puchero previo al llanto, pero deriva en una carcajada y siguen los juegos.

Pero esta plaza que hoy es escenario privilegiado para el mejor uso del tiempo libre también tuvo un destino heroico. Supo ser un baluarte para defender la ciudad de los peligros que podían acechar desde el campo o de invasiones enemigas.

“Aquí estuvo instalado en 1820 el cuartel del general Ramírez cuando después de terminar la cam-

paña que, en combinación con el general Estanislao López llevó contra Buenos Aires, el jefe enterriano sentó sus reales en esta ciudad”, dice Villanueva y luego se imagina que por entonces la plaza sería solamente “un descampado con algunos árboles aborígenes”. Agrega después que cuando Artigas invadió Entre Ríos y se dirigía hacia Paraná, Ramírez dio la orden para que se construyeran trincheras alrededor de la plaza. Pero, como se sabe, todo se resolvió en una batalla en las inmediaciones del arroyo Las Tunas. Igualmente, y por mucho tiempo, la plaza pasó a llamarse el Cuadrilátero del General Ramírez, en alusión a las excavaciones a su alrededor.

Presente

Pero ya no quedan rastros de las zanjas usadas como trincheras, de los preparativos para la batalla, de los pertrechos acumulados para defender la ciudad. Ni de la sangre de los ejecutados, del horror y el espanto de los crímenes que cometieron.

Todo aquello ha sido conjurado con el tiempo, con el nombre de Roque Sáenz Peña, el impulsor del sistema electoral que dio forma al sistema del voto democrático cuyo busto, autoría del escultor Israel Hoffmann, se encuentra en el centro de la plaza. El Monumento a la Memoria, de Amanda Mayor, sella el nunca más y el recuerdo a los desaparecidos. La historia del país se sintetiza en el espacio público.

La plaza conserva desde que era “el cuadrilátero del General Ramírez” algunos de los eucaliptos de entonces. Ahora, bajo su sombra, descansa algún caminante, gira la calesita con su música, se besan los que se aman.

Cierro el libro y camino hacia el centro. Detrás quedan los murmullos del pasado mezclados con el bullicio de la ciudad que vuelve al atardecer. ■

LAS CALLES DEL BARRIO Y SUS INSTITUCIONES

Ofelia Sors fue una historiadora paranaense que investigó sobre la historia de la ciudad. Publicó un libro que fue resumen de paciente recopilación de datos: Paraná, dos siglos y cuarto de su evolución urbana.

De esa obra, más precisamente de la segunda edición que se publicó en 1994, se extrajo la información textual que se publica a continuación.

Lo que hoy se conoce como el barrio de las Cinco Esquinas y anteriormente como Mercado de Abasto, constituyó un gran predio de más de tres hectáreas que la Sociedad Rural de Paraná había adquirido en 1899.

Con el correr de los años, la Municipalidad adquirió con fecha 24 de diciembre de 1934 y por valor de \$ 121.327 la propiedad de la Sociedad Rural. Ese predio fue sometido a un gran plan de urbanización.

En agosto de 1935 fue aprobado el trazado de calles, manzanas y lotes de los terrenos mencionados. Esta urbanización dio lugar a la formación de

diez manzanas, tres de ellas destinadas a Mercado de Abasto, Estación Terminal de Ómnibus y plaza pública. Por la misma ordenanza se autorizó la pavimentación de sus calles, previo relleno de los zanjones que desvalorizaban muchos de los lotes proyectados. Como complemento de la zona que debía urbanizarse se autorizó por resolución del 20 de septiembre de 1933 la construcción del pavimento de la encrucijada de las calles Gualeguaychú, Alsina (hoy Ramírez), Churrurrín y Almafuerite, desde la calle Gualeguaychú hasta completar la bocacalle de la Avda. Echagüe. Por la misma disposición se licita el afirmado de las calles que comprenden la zona sudeste de la ciudad; Ramírez (hoy Alsina), Soler, Sola y los últimos tramos de Carbó y Villaguay, es decir todo ese sector que por entonces sólo contaba con calles de tierra.



Ofelia Sors

Hospital de la Caridad

Durante la presidencia de la Municipalidad de don Manuel M. de Fontes, secretaría a cargo de don Mariano Cané, se nombra el 20 de julio de 1875, una comisión integrada por el doctor Antonio Zarco, consejero y representante de la Sociedad de Beneficencia, el señor Celestino Ortiz y el albacea de la Testamentaría Masffer, don Ramón Sola. De acuerdo con los planos y presupuesto del arquitecto Teodoro Vidaechea, debían contratar la construcción de mejoras en el edificio del hospital. Por ordenanza del 7 de septiembre de ese año se encarga a la Sociedad de Beneficencia la administración interna del hospital municipal a partir del día 15 del mismo mes.

El Hospital de Caridad se constituyó así en una de las instituciones públicas pertenecientes a la ciudad, levantada con recursos del Estado y contribuciones particulares.

El 1 de noviembre de 1876 se instalan en el hospital las Hermanas de la Caridad Hijas de María del Huerto para la asistencia y cuidado que él demandase

Iglesia Sagrado Corazón

En 1877 se comenzó la construcción de la antigua capilla del Sagrado Corazón de Jesús (hoy demolida), anexa al Hospital de la Caridad, frente a la actual plaza Sáenz Peña. Hacia 1917 se la erige en Parroquia.

Hospital San Martín

En cuanto al Hospital San Martín, no obstante haberse dado principio el 29 de noviembre de 1895, a la apertura de sus cimientos, su construcción demandó largos años, resolviéndose finalmente su habilitación el 29 de mayo de 1912 bajo la dirección del Dr. Juan I. Chiara.

Busto de Sáenz Peña

Remodelada la plaza Sáenz Peña, una ordenanza del 18 de agosto de 1937 dispone un homenaje de la Municipalidad de Paraná al doctor Roque Sáenz Peña. Un busto de la reforma de la ley electoral que abrió nuevos rumbos a la democracia argentina se sitúa en el centro de la plaza cuyo basamento lo rodea un espejo de agua.

Iglesia Metodista Episcopal

La iglesia Metodista Episcopal fue fundada el 10 de noviembre de 1887 y su templo se inauguró el 16 de noviembre de 1907 en calle Diamante (hoy Enrique Carbó). La piedra angular de la iglesia evangélica en construcción se colocó el 24 de mayo de 1906, acto presidido por el obispo residente Rev. Thomas B. Necly, de Buenos Aires.



Iglesia "Sagrado Corazón de Jesús"



Hospital "San Martín"



Iglesia Metodista Episcopal



Mercado Sur

Mercado Sur

Un nuevo mercado se hace necesario en la zona sud de la ciudad, llamado a abastecer a un sector densamente poblado ya para aquel entonces. Una resolución del 29 de noviembre de 1933, aprueba el convenio celebrado entre el D.E. Municipal y el ingeniero Pablo Gorostiaga para la construcción de un mercado de barrio que se ubica en la calle Soler (hoy Pte. Perón) esquina Villaguay (hoy el actual Mercado Sud), terreno donado por don Faustino Solari. ■

DONDE LA INFANCIA SIGUE GIRANDO

A bordo de un barco o un avión, montando un caballo se da la magia de una vuelta por mundos de fantasías.

La calesita de la Plaza Sáenz Peña llegó a Paraná a principios de la década del 90. Vino desde Federal y dicen que antes anduvo rodando por otras localidades entrerrianas, paseando a miles de gurises con sus muñecos de fibra de vidrio.

Es que a pesar de las pantallas que acaparan la atención de niños y adultos durante horas como una obsesión imposible de sortear, las calesitas siguen conservando una magia al resguardo de cualquier tecnología. Nadie puede evitar la seducción de un viaje a otros universos que significa ese mundo multicolor que gira con aviones en miniatura o caballos encabritados.

En invierno, todas las tardes empieza a dar vueltas a la hora de la siesta y se detiene recién cuando cae el sol. En verano, la diversión se estira un poco más y los chicos la disfrutan hasta entrada la noche.

Generaciones

“Lo más poderoso es que en la calesita se da una conjunción de tres generaciones: los nietos, los papás y los abuelos. Sigue siendo uno de los únicos lugares donde tres generaciones se reúnen en un mismo juego. Los papás salen del mundo adulto y se ponen en el mismo nivel que sus hijos o nietos”, cuenta Martín Apaldetti, quien administra la calesita de la Plaza Sáenz Peña desde hace año. En Paraná hay otras cinco calesitas y han sido declaradas de Interés Municipal y Patrimonio Histórico y Cultural de la ciudad.

A pesar de los años y los avances que sorprenden, las calesitas siguen encantando a todas las generaciones. Los más pequeños pugnan por subirse a sus figuras imposibles, alentados por padres y madres que añoran sus tiempos, mientras suenan inolvidables canciones.

“Siempre se mantiene el interés. Tiene que ver con la magia de la calesita. Pasa lo que no sucede con otras actividades lúdicas que son más de cada franja etaria. En la calesita, el nene que va en un barco va navegando en el mar, el que va en un avión, recorre el cielo, el de caballo corre una carrera. Juega mucho la imaginación de los chicos”, resalta el calesitero.

Y para explicar la fascinación general, agrega: “Tiene que ver también con la añoranza de los padres y abuelos que recuerdan su infancia. Es un momento que comparten. No sé si hay otro lugar o actividad donde puedan compartir esa experiencia. Los adultos no tenemos tantos lugares para ir a plasmar nuestra actividad diaria. En cambio, los chicos están todo el día jugando, imaginando y cuando van a una calesita encuentran todos los elementos para hacer tangible esa imaginación”.

Pulmón de la ciudad

La calesita de la Sáenz Peña es una de las más concurridas y seguramente tenga que ver con el lugar donde está ubicada.

“Dentro del ejido urbano, la Plaza Sáenz Peña es el pulmón de la ciudad. A los que viven en el centro les queda cerca para ir a hacer actividad aeróbica o jugar con los chicos. Es un lugar de paso, de espera del colectivo. Es muy especial. Está en el centro, pero parece un barrio: veredas anchas, no hay tantos negocios, todo eso le da la mixtura entre el centro y el barrio”, observa Apaldetti.

A esta plaza llega gente de toda la ciudad, y además de sus dimensiones y frondoso arbolado ofrece algunas comodidades como baños públicos o la novedad sumada recientemente de un termo solar para agua caliente y fría, de uso gratuito, y cargadores para celulares. Todo suma a que den ganas de quedarse y llevar a los chicos a la calesita.

Cada vuelta dura aproximadamente tres minutos y se musicaliza con canciones que chicos y grandes conocen bien.

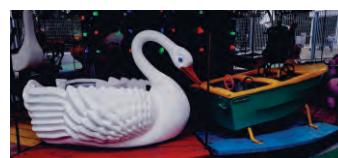
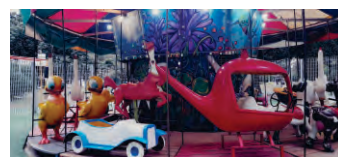
“Usamos música que son clásicos de todas las generaciones, como Gaby, Fofó y Miliki, pero también música más alternativa. Ahora hay una banda que se llama Pim Pau, con música más tranqui, o de Canticuénticos que son de la región, que hacen canciones con base folklórica”, destaca Apaldetti.

Cambios

Las recientes refacciones que se han realizado en la plaza contribuyeron a resaltar su labor lúdica. Las nuevas luces, las veredas. La artista plástica Florencia Albornoz hizo una intervención artística en la calesita de Sáenz Peña con motivos de flores autóctonas y plantas, logrando de esa manera toda una integración con el entorno de la plaza.

“Antes no había luz y no se podía trabajar de noche. Había piso de tierra y no se trabajaba cuando llovía y había barro. Eso se fue mejorando. También avanzamos de la mano de la tecnología, colocando luces LED que son luces frías, todo se trabaja con 12 Vols, lo que no implica ningún riesgo para los chicos. Siempre tratando de no romper la magia que tiene la calesita”, aclara Apaldetti.

“Es una carta de presentación de la ciudad. Hay muchas ciudades en el mundo que tienen como ícono que las representa una calesita. De alguna manera, demuestra el cuidado que le damos a la infancia”, concluye el calesitero. ■



Fabián Reato

PARANÁ



*Una experiencia que estamos
construyendo y viviendo juntos*

